



Vayamos al encuentro de Jesús.
Él nos abre las puertas hacia la felicidad:

Jesús y la cananea

Si creemos en Él como esta mujer cananea, podemos vivir como personas salvadas, es decir, personas conducidas por el Espíritu de Dios. Nuestra finitud se abre a lo infinito. Nuestro deseo encuentra en Dios su reposo. Nuestro amor experimenta la alegría de dar todo y de darse uno mismo. [...]

Esta página es sin duda una de las más bellas y de las más conmovedoras del Evangelio y creo que podemos extraer de ella algunas aplicaciones para nosotros. Para nosotros también hay una geografía espiritual de nuestra vida y de nuestro corazón. Hay tierras ocupadas por Israel y hay también, en nuestro corazón,



muchas ciudades a las que podríamos llamar Tiro, Sidón o Canaán, la Decápolis u otros lugares semejantes. Hay a la vez terrenos en los que nos reconocemos, este lugar íntimo y profundo de donde brota nuestra oración, de donde brota nuestra fe, de donde brotan nuestros gritos de llamada a Dios. [...] ⁽¹⁾

¿En qué lugar, ni siquiera nos atrevemos a pedir, como la cananea, que deje caer las migajas de la mesa de los hijos? Entonces quizás quedaremos sorprendidos, porque si verdaderamente, como esta cananea, gritamos con fe al Señor, en estas tierras de Tiro y de Sidón brotará alguna curación misteriosa, brotará alguna fuente de vida, alguna oración, alguna donación de uno mismo a los demás, alguna manera de

responder verdaderamente a la llamada de Dios. Y entonces, este viejo fondo pagano de nosotros mismos será verdaderamente el lugar de la Palabra de Dios, el lugar de la sobreabundancia de la gracias, allí donde brota cuando nosotros no la esperábamos.[...]⁽²⁾

En la lengua griega en la que está escrito el Evangelio, esta bienaventuranza se expresa con un verbo que no está en pasivo —de hecho los bienaventurados no sufren este llanto— sino en el activo: “se afligen”; lloran, pero por dentro. Es una actitud que se ha convertido en central en la espiritualidad cristiana y que los padres del desierto, los primeros monjes de la historia, llamaron “penthos”, es decir, un dolor interior que



abre una relación con el Señor y con el prójimo, una relación renovada con el Señor y con el prójimo.

Este llanto, en la Escritura, puede tener dos aspectos: el primero es por la muerte o el sufrimiento de alguien. El otro aspecto son las lágrimas por el pecado, —por nuestro pecado— cuando el corazón sangra por el dolor de haber ofendido a Dios y al prójimo.

Por lo tanto, se trata de amar al otro de tal manera que podamos unirnos a él o ella hasta compartir su dolor. Hay personas que permanecen distantes, un paso atrás; en cambio, es importante que los otros se abran brecha en nuestros corazones.

He hablado a menudo del don de las lágrimas, y de lo precioso que es. (cf. Exhort. ap. post-syn. *Christus vivit*, n. 76; Discurso a los jóvenes de la universidad Santo Tomás, Manila, 18 de enero de 2015; Homilía del miércoles de ceniza, 18 de febrero de 2015). ¿Se puede amar de forma fría? ¿Se puede amar por función, por deber? No, ciertamente. Hay algunos



aflicidos a los que consolar, pero a veces también hay consolados a los que afligir, a los que despertar, que tienen un corazón de piedra y han desaprendido a llorar. También hay que despertar a la gente que no sabe conmoverse frente al dolor de los demás.

El luto, por ejemplo, es un camino amargo, pero puede ser útil para abrir los ojos a la vida y al valor sagrado e insustituible de cada persona, y en ese momento nos damos cuenta de lo corto que es el tiempo.

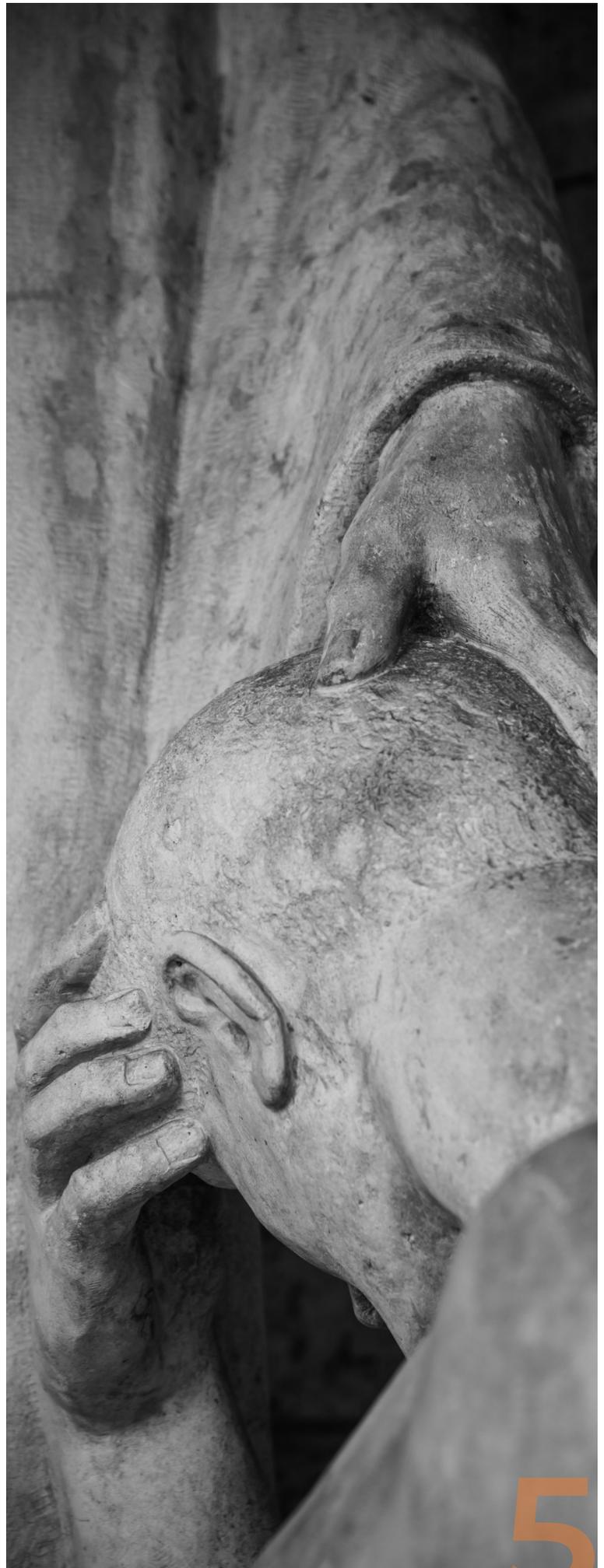
Hay un segundo significado de esta paradójica felicidad: llorar

por el pecado. Aquí hay que distinguir: hay quien están airado por haberse equivocado. Pero esto es orgullo. En cambio hay quien llora por el mal hecho, por el bien omitido y por la traición a la relación con Dios. Este es el llanto por no haber amado, que brota porque la vida de los demás importa. Aquí se llora porque no se corresponde al Señor que nos ama tanto, y nos entristece el pensamiento del bien no hecho; éste es el significado del pecado. Estos dicen: “He herido a la persona que amo”, y les duele hasta las lágrimas.

¡Bendito sea Dios si estas lágrimas vienen!

Este es el tema de los propios errores que hay que afrontar, difícil pero vital. Pensemos en el llanto de San Pedro, que le llevará a un amor nuevo y mucho más verdadero: es un llanto que purifica, que renueva. Pedro miró a Jesús y lloró: su corazón se renovó. A diferencia de Judas, que no aceptó que se había equivocado y, pobrecillo, se suicidó. Entender el pecado es un regalo de Dios, es una obra del Espíritu Santo. Nosotros, solos, no podemos entender el pecado. Es una gracia que tenemos que pedir. Señor, hazme entender el mal que he hecho o que puedo hacer. Es un don muy grande y después de haberlo entendido, viene el llanto del arrepentimiento.

Uno de los primeros monjes, Efrén el Sirio dice que un rostro lavado con lágrimas es indeciblemente hermoso (cf. Discurso ascético). ¡La belleza del arrepentimiento, la belleza del llanto, la belleza de la contrición! Como siempre, la vida cristiana tiene su mejor expresión en la misericordia. Sabio y bendito es





el que acoge el dolor ligado al amor, porque recibirá el consuelo del Espíritu Santo que es la ternura de Dios que perdona y corrige. Dios perdona siempre: no lo olvidemos. Dios perdona siempre, incluso los pecados más feos, siempre. El problema está en nosotros, que nos cansamos de pedir perdón, nos encerramos en nosotros mismos y no pedimos perdón. Ese es el problema; pero Él está ahí para perdonar.

Si tenemos siempre presente que Dios «no nos trata según nuestros pecados ni nos paga según nuestras faltas» (Sal 103,10), vivimos en la misericordia y la compasión, y el amor aparece en

nosotros. Que el Señor nos conceda amar en abundancia, amar con la sonrisa, con la cercanía, con el servicio y también con el llanto. [...] ⁽³⁾

Saber llorar con los demás, esto es santidad.

(1) <https://www.sedifop.com/20ieme-dimanche-du-temps-ordinaire-homelie-du-frere-daniel-bourgeois-paroisse-saint-jean-de-malte-aix-en-provence/>

(2) Ibid.

(3) PAPA FRANCISCO AUDIENCIA GENERAL - Miércoles 12 de febrero marzo 2020

Oración

Como Tú estás con los pobres, Señor, Tú estás con los que lloran, Tú que lloraste con la viuda de Naín y con las hermanas de Lázaro. Las lágrimas son el signo de que el alma no está paralizada. Llena nuestros corazones, Señor, no de ablandamiento sino de ternura, llénalos de compasión por los otros, comenzando por los más cercanos. Enséñanos a compartir el sufrimiento de los afligidos, a llevar sus fardos, a alinearse activamente en su campo. Nada nos une más fuertemente todos juntos a Dios y a los hombres. Haznos atentos, Señor, a los que lloran, porque Tú lloras por sus ojos. Todos los sollozos que corren de generación en generación se hunden en el océano de tu Amor. Danos la gracia de saber velar sin cesar a las puertas del reino inmenso del dolor.

(Gilbert Cesbron)